

Mientras sueño

Gordon Pym

Hoy he vuelto a tener ese sueño. Una vez más.

Sueño que me despierto y estoy en un ataúd. Me han enterrado vivo. Y experimento otra vez esa terrible angustia, como si nunca la hubiera soñado antes.

Después de unos instantes de pánico golpeo con los pies la tapa de la caja con todas mis fuerzas, pero no consigo abrirla. Apenas se puede coger impulso y el impacto no es suficiente para, siquiera, resquebrajar la madera. Mientras, con las manos, intento empujar la tapa sin conseguir nada, y paso a golpearla con los pies, hasta que el olor levemente metálico de la sangre me hace parar.

Entonces la angustia se hace ya insoportable. Tengo la sensación de que el aire no me sirve para respirar. Vuelvo a golpear la tapa, ahora con todo mi cuerpo, impulsándome desde abajo. En mi cerebro se produce un efecto de terror continuado, sin tregua. Todos hemos vivido momentos, más largos o más cortos, de pánico, de horror: los momentos justamente posteriores a recibir la noticia de una desgracia, o ese instante previo a lo que creemos que puede ser nuestro accidente, aunque, después, consigamos esquivar al otro coche o, incluso ese susto que hace que nuestro corazón se lance a latir a toda máquina. Pues bien, ese efecto me acompaña sin un sólo instante de descanso desde que me despierto dentro del ataúd, de manera continuada, y me hace temer por igual que mi corazón reviente o que mi cerebro ceda a ese vértigo, enloqueciéndome.

Y cuando me quedo sin fuerzas, cuando parece que el último aliento que la cordura me da, me va a abandonar...

Entonces, y sólo entonces, y siempre entonces, me despierto del sueño. Como hace unos minutos.

Y como siempre, ahora estoy abrazado a Anabel, a la que he empapado el cuello y el pelo con mis lágrimas, a la que he vuelto a asustar y preocupar. Una vez más.

—Tranquilo... ya pasó... estás conmigo— me dice Anabel.

—Sí, mi amor...

Siempre me dice lo mismo, y siempre espero a que me lo diga. Y es precisamente después de oír su voz cuando me relajo, cuando trato de pensar en las cosas buenas que me rodean, en su amor por mí, y en el mío por ella. Ella se vuelve a dormir.

Y empiezo a sentirme bien con esos pensamientos, incluso feliz, con mi cabeza en su hombro. Espero a que ella se despierte, ahora ya por la mañana. En cuanto lo hace, le doy un beso, y salto de la cama para hacer el desayuno.

Inundo la casa de olor a pan tostado y café. Disfruto cada día como si fuera el primero; mi sueño recurrente me produce ese efecto; me lleva al abismo para después hacerme sentir con toda el alma el placer de estar vivo.

Cuando casi tengo el desayuno, se acerca mi querida Anabel.

—Allan, mi amor. Tu pesadilla...

—Como siempre, Anabel; como siempre.

—Pero... ¿todos los días? Eso no puede ser normal.

—Ya no sé lo que es normal y lo que no. Acaso alguien lo sabe. Yo, no. Desde luego que no.

—Deberías ir a un especialista...

—Ni siquiera sé a cuál. Además, Anabel...

—¿Qué?

—Que después me siento bien. Ya sé que la angustia del sueño es terrible. Eso lo sé bien. De hecho sólo yo lo sé; y las palabras no son suficientes para explicar lo que siento, créeme. Pero...

—¿Pero qué, Allan?

—Que es como si después me sintiera más vivo, con más ganas; aprecio más todo lo que tengo... sobre todo a ti, mi amor.

—Ya. Pero no creo que compense.

—Nada lo compensaría, supongo. Pero ahora mismo te miro y siento lo feliz que me haces con toda la fuerza de la novedad y con toda la intensidad de lo que se puede acabar en cualquier momento...

—Sigo pensando en que deberías hacer algo

—Sí, pero... ¿el qué, Anabel?

—No sé... el otro día leí algo sobre los sueños, sobre todo, sobre los sueños que se repiten, los recurrentes. Espera, aquí está el libro.

—¿Y...?

—Pues que habla de trucos; maneras de controlarlos. Mira, no sé si será muy fiable, pero habla de introducir el consciente en el sueño, que al fin y al cabo es subconsciente, subconsciente proyectado.

—Quieres decir que proyectamos en el sueño lo que tememos, lo que nos inquieta.

—Sí, y también lo que deseamos.

—Pero, Anabel, cómo puede uno controlar...

—En el libro se comenta que siempre hay algún aviso, alguna señal que el consciente envía para, digámoslo así, controlar la situación

—No sé, Anabel no recuerdo nada parecido a una señal. Siempre el pánico es como la primera vez, ya te lo he dicho.

—Ya, ya... Espera que lo busco. Sí, aquí está: “Hay que preparar, predisponer al yo consciente, siempre antes del sueño, ya que ahí no nos puede obedecer...”

—Un momento, Anabel, que yo me aclare. Se trataría de mentalizarme antes del sueño para que durante él pueda darme cuenta de que sólo es eso, un sueño.

—No olvides las señales; tu cerebro debe estar alerta para reconocer esas señales, que en cuanto las veas, te harán saber que estás en un sueño nada más.

—Bien. Será como esos avisos que te da el ordenador cuando lo has programado para ello.

—Algo así. Pero el aviso no lo puedes preparar para una hora concreta...

—Sino para alguna señal que reciba. Vale, Anabel.

—No pierdes nada con probarlo.

—No. Pero ya estoy cansado de esta conversación. En cuanto estoy contigo ya me siento bien. ¿Te había dicho lo guapa que estás?

—¿Hoy? Todavía no...

Ahora disfruto de su cuerpo como si nunca lo hubiera tocado antes. Ahora no hay sueños, ni consciente enfrentado al subconsciente. Sólo puro goce al que entrego todos mis sentidos. Adoro a Anabel.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero puedo dormirme en cualquier momento. Debo programar mi cerebro, debo acabar con mi pesadilla, debo estar atento a las señales, debo...

Me despierto y estoy en el ataúd. Experimento terror, una angustia infinita. ¿Qué hago aquí? ¿Qué ha podido pasar para que me hayan enterrado... vivo; porque estoy vivo, ¡maldita sea!

Trato de salir, golpeo la tapa, primero con los pies, luego con las manos, después con todo el cuerpo. El olor de la sangre me hace respirar mal. Parece que el aliento me va a faltar en cualquier momento...

Entonces veo a Anabel y la abrazo con toda el alma. La he vuelto a asustar con ese maldito sueño.

—Tranquilo... ya pasó... estás conmigo—me dice Anabel.

—Sí, amor.

Empiezo a relajarme y a sentirme bien a su lado. Apoyo mi cabeza en su hombro y me relajo. Me levanto a preparar el desayuno en cuanto noto que se despierta.

Le llevo a la cama una bandeja con tostadas, café y sus magdalenas favoritas. Me siento al borde de la cama, a su lado, mientras me tomo una sola galleta.

—Allan, mi amor; has tenido esa horrible pesadilla otra vez...

—Sí, cariño. Y mira que pensé antes de dormirme en las señales...

—Y... ¿nada?

—Nada.

—Se ve que eso de las señales no funciona.

—Puede ser...

Mientras pienso en ello, giro la cabeza y veo que la pared de la habitación no está... donde debía estar la pared hay unas tablas... ¡sí! Son como tablas de madera... ¡un momento! Tienen huecos por los que se ve más allá... ¡Dios! ¿Qué está pasando? Nada es como debiera ser. Veo tierra al fondo ¡No, no, no... !

¡Las señales! ... ellas me han alertado en mi sueño, Anabel, nuestra casa, nuestra cama... eso era el sueño, y ahora... ahora estoy despierto otra vez. Estoy metido en esa caja de madera.

¡No, no... ! ¡Quiero dormir! ¡Dios! Sólo quiero dormir y soñarla...

Y digo... Anabel, y susurro Anabel para que el eco de madera me devuelva tu nombre...

¡Anabel!